

# LA SAGA DE LOS CHILOTES Y DE QUINTANILLA, UNA DIÁSPORA DE ESPAÑOLES CHILENOS FIDELISTAS

## THE SAGA OF THE CHILOTES AND QUINTANILLA: A DIASPORA OF LOYALIST CHILEAN SPANIARDS

*EDUARDO ANDRADES RIVAS*

Universidad del Desarrollo en Concepción (Chile)

**RESUMEN.** El presente estudio analiza en paralelo las circunstancias de la vida de don Antonio de Quintanilla y Santiago, último gobernador de la provincia de Chiloé, perteneciente a la Monarquía Hispánica y a los chilotes que formaron el cuerpo de Voluntarios de Castro y que participaron activamente en la contrarrevolución fidelista que siguió a los episodios iniciales de las campañas de la secesión americana o independencia. Se analiza la obra de estadista y militar de Quintanilla y la destacada participación que tuvieron los chilotes en la Reconquista de Chile y hasta la batalla de Ayacucho en el Alto Perú. Se destaca la saga de los chilotes que ofrendaron su vida en defensa de su rey y cómo Quintanilla mantuvo los estandartes de la Monarquía flameando en el sur austral hasta la definitiva derrota militar frente a fuerzas muy superiores, con un

breve epílogo que aborda su vida en el exilio español y la vida de su hijo que terminaría siendo creado marqués por el rey Carlista don Carlos VI.

**PALABRAS CLAVE.** Antonio de Quintanilla. Chilotes. Voluntarios Ancud. Ayacucho. Monarquía Hispánica. Independencia.

**ABSTRACT.** This study analyzes in parallel the circumstances of the life of Don Antonio de Quintanilla y Santiago, the last governor of the province of Chiloé, belonging to the Spanish Monarchy, and the Chilotes who formed the Volunteer Corps of Castro and actively participated in the loyalist counter-revolution that followed the initial episodes of the American secession or independence campaigns. The work of Quintanilla as a statesman and military leader is examined, along with the notable participation of the Chilotes in the Reconquest of Chile and up until the Battle of Ayacucho in Upper Peru. The saga of the Chilotes who gave their lives in defense of their king is highlighted, as well as how Quintanilla kept the banners of the Monarchy flying in the far south until the final military defeat against much superior forces, with a brief epilogue addressing his life in Spanish exile and the life of his son, who would eventually be created a marquis by the Carlist King Don Carlos VI.

**KEY WORDS.** Antonio de Quintanilla. Chilotes. Ancud Volunteers. Ayacucho. Spanish Monarchy. Independence.

## 1. Introducción

En la historia que corresponde al periodo de las Secesiones americanas, que solemos llamar campañas de Independencia, existen sagas personales y populares que resultan de una notable importancia y merecedoras de más memoria de la que habitualmente se les ha brindado. Personajes en los que el heroísmo corre

a la par que su tesón, conciencia clara de su obligación histórica de responder a las graves responsabilidades que reposan sobre sus hombros, fidelidad incuestionable a su rey y mucho más.

Es precisamente lo que podemos destacar de un pueblo y dos de sus hijos más preclaros. Los chiloenses o chilotos, originarios del gélido, umbrío y boscoso archipiélago del sur del continente americano, llamado Nueva Galicia, que puestos ante la encrucijada histórica de su destino «invadieron América»<sup>1</sup>, según el original título de una obra histórica reciente que destaca sus peripecias y hazañas. Y es también la historia de un padre y un hijo que merecieron en vida el protagonismo reservado a los grandes y que la historiografía poco a poco va rescatando de un injusto y, posiblemente, deliberado olvido; don Antonio de Quintanilla y Santiago, hidalgo, comerciante, militar por vocación y necesidad, brigadier y Maestre de Campo y su hijo Antonio de Quintanilla y Alvarez, el marqués de Quintanilla.

En las páginas que siguen repasaremos las principales circunstancias que llevaron a los soldados originarios del Archipiélago de Chiloé, a su gobernador, don Antonio de Quintanilla y a su familia, a tener una destacada participación en las campañas de la Independencia Americana, como protagonistas de un drama histórico de destino conocido: la contrarrevolución fidelista o realista, brillante pero fugaz episodio de este periodo de la historia de Hispanoamérica.

## 2. La sociedad chilense o chilota a fines del siglo XVIII

La historiografía clásica del siglo XIX dirigió relativamente pocos estudios a la sociedad austral. En ello se expresaban variadas creencias, las más de las veces silenciosas, que daban forma a numerosos prejuicios sobre los hombres del sur chileno y su entorno. Viejos apodos, algunos de ellos conocidos como insultos, servían para expresar en breves palabras la actitud que el norte republicano tenía hacia los fríos confines del antiguo reino de Chi-

---

<sup>1</sup> Ver Luis MANCILLA, *Cuando los chilotos invadieron América. La odisea del Batallón de los chilotos (1790-1824)*, Temuco, Imprenta Austral, 2016, 287 pp.

le: «godos», «sarracenos», «pobres», «patarrajás» bastaban para caracterizar a la sociedad que vivía en el lluvioso y nórdico sur. La atención de la república estaba desde luego en los territorios del norte, con sus riquezas minerales. El sur, ignoto, escasamente poblado, gélido y lluvioso escapaba casi por completo al interés de los chilenos del valle central.

A esto se unía el viejo prejuicio de las autoridades republicanas en contra de la larga tradición de fidelidad chilota al Rey, que les había hecho destacarse en su defensa aún en la lejana batalla de Ayacucho ocurrida años después de que se proclamara la independencia chilena, en 1824.

Las razones de estas actitudes, de las que la historiografía de Diego Barros Arana sería un excelente ejemplo<sup>2</sup>, las podemos encontrar en un sinnúmero de factores, los más de ellos fundados en la ignorancia del chileno del mundo mediterráneo central sobre la realidad austral. Es conocido el caso de un influyente intelectual y político que escribiría una *Geografía de Chile*, cómodamente sentado en su biblioteca de Santiago de Chile, frente a la chimenea, en donde afirmaba las fantasías más delirantes sobre los paisajes del Sur y sobre su supuesta inutilidad, sin haberlos conocido más que por vagas referencias orales<sup>3</sup>. Estas actitudes, que tenían su origen en las delirantes y equívocas observaciones de Charles Darwin, que había motejado a la Patagonia Americana como «el desierto helado» o «las tierras del Diablo», eran compartidas deliberada o tácitamente por la inmensa mayoría de la población de Chile.

Y, claro está, a estas conclusiones tan mezquinas como erróneas, contribuían los mencionados prejuicios y sentimientos de revancha que los partidarios de la independencia y de su consecuente república tenían en contra de las poblaciones del sur, que habían desempeñado un papel decisivo en las campañas de la contrarrevolución fidelista. Los historiadores liberales atribuye-

---

<sup>2</sup> Por mera vía ejemplar podemos citar su «campañas de Chiloé», ver Diego BARROS ARANA, *Las Campañas de Chiloé*, Santiago de Chile, Imprenta del Ferrocarril, 1856, 215 pp.

<sup>3</sup> Ver José Victorio LASTARRIA SANTANDER, *Lecciones de Jeografía Moderna escritas por J. V. Lastarria, para la enseñanza de la juventud americana*, Cuarta edición, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1846, 148 pp.

ron esta actitud a la supuesta ignorancia supersticiosa, mágica y religiosa de los chilenos del sur, con una lealtad canina al lejano monarca<sup>4</sup>. Solo un grupo de individuos embrutecidos por la ignorancia y la superstición podían defender a la Monarquía frente a la «luz de la libertad», no cabía otra explicación. Aunque esa libertad, como bien sabemos, podía ser mucho más despótica de lo que supuestamente había sido el orden indiano<sup>5</sup>.

Lo que acabamos de indicar se aplica a la perfección a la población de Chiloé o Nueva Galicia, umbría, verde y helada tierra formada por un archipiélago y un escaso cordón de territorio continental<sup>6</sup>.

Hacia fines del siglo XVIII la Isla grande de Chiloé y sus islas vecinas contaban con una población total que fluctuaba entre las 30 a 40 mil almas<sup>7</sup>. Territorio agreste pero no del todo desprovisto de riquezas. Abundantes recursos forestales con maderas de primerísima calidad le hicieron centro de explotaciones madereras para la construcción naval, desde el siglo XVII en adelante. Lo que unido a su evidente riqueza pesquera y al cultivo extensivo de la papa o patata<sup>8</sup>, explica que la población de Chiloé fuera au-

---

4 Ver Cristián GARAY VERA, «Los leales chilotos: El ‘Ejército real de Chile’ y la fidelidad insular 1812-1816», *Fuego y Raya* (Córdoba de Tucumán), n. 1 (2010), p. 75.

5 Recordemos esa terrible frase de O’Higgins quien parafrasea la de Napoleón: «Los pueblos tienen derecho a ser libres, si no quieren, los obligaremos a serlo».

6 En las lúcidas palabras del profesor Garay: «Para la historiografía liberal que hizo de la Independencia su mito fundante la actitud chilota constituía una auténtica anomalía de la razón. Por eso se creó tempranamente la imagen de un Chiloé supersticioso y lejano, que era efectivamente la última línea de la Corona en el extremo sur de América». Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, p. 78.

7 La profesora María Ximena Urbina es quien ha aportado las cifras estimadas más recientes, que fija en 36000. Ver María Ximena URBINA CARRASCO, «La situación de Chiloé durante las guerras de independencia», en Scarlett O’PHELAN GODOY y Georges LOMNÉ (eds.), *Abascal y la contra-independencia de América del Sur*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013, p. 187.

8 El famoso tubérculo comestible que es base de la dieta occidental tiene su origen genético en la Isla de Chiloé.

mentando lentamente, pero sin pausa. La presencia de los misioneros jesuitas en el siglo XVII y XVIII y luego la de franciscanos y capuchinos dio a su población una vértebra religiosa cristiana de primera importancia y con ello se reforzó el lazo espiritual entre estos españoles americanos y su lejano Rey. Los religiosos aportaron al desarrollo intelectual de la población isleña con la erección y mantenimiento de innumerables escuelas y establecimientos de enseñanza.

La comunidad se organizó en sectores sociales que colaboraban activamente en el desarrollo del archipiélago<sup>9</sup>. Surgió un cuerpo de milicias que agrupó a la gran mayoría de la población masculina de la isla, lo que le dio un carácter castrense muy acentuado. Sería el origen de los cuerpos militares de los ejércitos fidelistas que actuarían con tanta decisión en los tiempos de la revolución de independencia<sup>10</sup>. Y junto a los aguerridos soldados se desarrollaría la crianza de ese noble animal, originario de dichas tierras, tan hábil, versátil y vivaz como es el caballo chilote, cabalgadura de increíble resistencia para las campañas bélicas y de gran belleza.

Una actividad intelectual poco estudiada, pero de gran relevancia, se desarrolló en torno a las artes plásticas religiosas, tallas y esculturas devocionales, Cristos de la Agonía, Santos de inconfundible estilo barroco chilote se produjeron de manos de los talentosos artistas de la isla, guiados por sus maestros reli-

---

<sup>9</sup> Ver Gabriel GUARDA GEYWITZ, *Los encomenderos de Chiloé*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 2002, 504 pp.

<sup>10</sup> El ejército real se estructuraba en torno a tres niveles: el ejército de dotación o regular, que era casi enteramente americano, el de refuerzo o de operaciones, constituido por unidades peninsulares que eran destinadas a una misión específica y luego retornaban a Europa y las milicias, que eran un cuerpo numeroso de amplísima cobertura social, encabezado por los hijos de las familias que reclamaban su origen noble. Afirma Garay: «A través de la participación en las milicias los comerciantes y terratenientes cumplían su requisito de adscripción a la nobleza a la vez que proclamaban su adhesión al régimen. Sobre esta base se forjó la nobleza de Chiloé, que como toda primera línea social de una isla pobre y lejana hacía crecer al infinito los méritos de los antepasados, la pureza de sus líneas de sangre, y la capacidad para puestos militares y gubernativos locales y externos». Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, p. 79.

giosos franciscanos de origen italiano o hispano. Un estilo de construcción de templos religiosos de originalidad y exquisita factura arquitectónica en madera, hasta hoy insuperada<sup>11</sup>, permiten hablar de una sociedad de valores, creencias y convicciones profundamente barrocas que distaba del impostado y pretencioso estilo neoclásico impuesto por la Casa de Borbón en el resto del Reino de Chile. Mientras un aparente racionalismo «ilustrado» caracterizaba las conversaciones de salón en las casas de los autonombrados «patricios» de Santiago de Chile, un complejo entramado mental teatral y lleno de simbolismos barrocos daba sentido al carácter chilote.

En suma, la sociedad chiloense o chilota presentaba, en los inicios del proceso de secesión americana, unos rasgos característicos muy acentuados y que la hacían diversa del resto de la comunidad chilena<sup>12</sup>, a lo que contribuía el que desde 1768 dependía del Virreinato limeño<sup>13</sup> y que, hasta 1791 se le había otorgado el rango de Intendencia también dependiente directamente del Perú<sup>14</sup>.

### **3. Don Antonio de Quintanilla y Santiago, de comerciante a militar**

Don Antonio Lorenzo de Quintanilla y Santiago vino al mundo en la localidad cántabra de Pámanes el 14 de noviembre de 1787. Fue hijo de don Francisco de Quintanilla y Herrera y de doña Teresa de Santiago, matrimonio perteneciente a la baja nobleza de Pámanes. Es dable suponer que a pesar de su origen

---

<sup>11</sup> Proclamada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco entre 2000 y 2001.

<sup>12</sup> “A estas razones se suma la distancia física del archipiélago con un Chile que comenzaba en Concepción, un país aparte. Este aislamiento también había hecho de Chiloé una sociedad conservadora, realista y muy católica, como un relicto del pasado, dispuesta a luchar por el nombre de Rey (sic), como lo habían hecho en la primera mitad del siglo XVII cuando maloqueaban a huilliches y juncos en el continente, y a los chonos en el sur. Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 199.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 189.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 191.

hidalgo la familia no gozaba de muchas holguras económicas, por lo que siendo Antonio joven y dotado de gran energía, iniciativa personal y buena educación decidió emigrar al continente americano en busca de mejores oportunidades de las que podía encontrar en su Cantabria natal. Ello, suponemos, contra la voluntad de sus padres o sin su apoyo entusiasta, pues de niño lo habían destinado al sacerdocio, del que don Antonio conservó su dominio del latín y una cultura universal<sup>15</sup>.

Radicado en el reino de Chile, se dedicó al ejercicio de la actividad mercantil, gracias a sus lazos de parentesco con Juan de la Maza y Quintanilla y su mujer, que eran primos de Quintanilla. Con apenas 14 años este y su primo Lorenzo de la Maza, también adolescente, marcharon a Concepción a administrar los bienes inmuebles que componían la herencia de la sra. Quintana de De la Maza. En el ejercicio de este encargo Quintanilla y su primo Lorenzo destacaron como grandes gestores y pese a no recibir remuneración por su administración, ya que se les consideraba familiares y solo merecedores de sustento y casa, logró que se les otorgara una carta de crédito para el apoderado de la familia en Lima, que le permitió comerciar por su cuenta.

En esta actividad comercial alcanzó un considerable éxito, lo que le permitió amasar un capital significativo para emprender nuevos negocios. Su sede de operaciones y domicilio personal siempre fue Concepción, la que era la castrense capital del sur de Chile en la frontera con los territorios que más adelante llamaríamos Araucanía. En la ciudad penquista, y con el apoyo de sus familiares, se labró reputación de diligente, trabajador y de honestidad cabal, por lo que sus negocios prosperaron.

Fue en estas circunstancias que lo sorprendió el inicio de la revolución secesionista chilena o «Patria Vieja», que lo llevaron a enrolarse como oficial en el ejército fidelista que el irreductible Virrey del Perú, don José Fernando de Abascal y Sousa (1743-1821), marqués de la Concordia del Perú, había dispuesto para recuperar la fidelidad del reino, entonces en manos de autoridades insurgentes, más adelante llamadas «patriotas».

---

<sup>15</sup> Ver Fernando CAMPOS HARRIET, *Los Defensores del Rey*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1958, p. 136.

En efecto, el marqués de Abascal había comisionado al marino y brigadier don Antonio José Pareja y Serrano de León (1752-1813), recién nombrado por el Consejo de Regencia de Cádiz como Capitán General y Gobernador del Reino de Chile, para que organizara y liderara la fuerza militar expedicionaria que debía imponer el orden constitucional de la Monarquía en el Reino de Chile, luego de los convulsos años del inicio de la revolución o «Patria Vieja». Abascal proporcionó a Pareja un muy reducido grupo de oficiales (20), soldados (50) y la suma total de veinticinco mil pesos de plata para financiar la expedición. Con estos medios el militar arribó a Chiloe a inicios de 1813. Rápidamente logró reclutar en la Isla Grande y sus adyacentes una tropa de 1400 hombres dotados de alta disciplina militar. Una recalada en Valdivia le aportó 700 hombres armados más y así llegó al puerto de San Vicente en Talcahuano a fines de febrero de 1813. Vencida inmediata y definitivamente la guarnición juntista, el brigadier Pareja entró en Concepción, la capital del Sur. Otorgó una amplia amnistía a los derrotados, con lo que muchos vecinos penquistas se decantaron rápidamente por incorporarse en su fuerza de ocupación. Con estas hábiles medidas el Gobernador contaba con un ejército de más de 5000 hombres, 60 cañones, 6000 fusiles, cientos de sables y armas blancas, caballerías, pertrechos y todo tipo de vituallas de intendencia. Su fuerza avanzó rápidamente en medio del pánico juntista, hasta ocupar San Bartolomé de Chillán el 15 de abril de 1813.

Dentro de los primeros convocados para la campaña de combates que se avecinaba se encontró don Antonio de Quintanilla. Recibió el pedido del Obispo don Diego Antonio Navarro de Villodres, Obispo de Imperial Concepción y Chiloé y principal líder fidelista en Concepción. Se apersonó al palacio del Obispo y allí conoció al Brigadier Pareja que lo nombró oficial de su estado mayor y ayudante personal. Tras una inicial vacilación y la consecutiva insistencia de las autoridades militares y religiosas Quintanilla no dudó y aceptó la comisión disponiendo de todas sus energías para llevar adelante sus nuevas responsabilidades<sup>16</sup>.

---

**16** Pletóricos de optimismo el Brigadier Pareja y el Obispo Villodres le dijeron a Quintanilla que en no más de dos meses habrían llegado a Santiago de Chile, habrían restaurado el orden político y civil y que las fuerzas

Esta decisión le costó la pérdida de todo su patrimonio personal, tan laboriosamente obtenido. Pero Quintanilla nunca se arrepintió de su decisión.

Las circunstancias de la guerra distaron del optimismo inicial de Pareja y Villodres. Desde Chillán al norte la resistencia de las autoridades del nuevo orden patriota o juntista fue más contundente y organizada que lo que habían supuesto los líderes fidelistas. Así se sucedieron combates cruentos en los que Quintanilla participó con arrojo y estrategia a medida que se iba curtiendo como militar, proceso que le tomó poco tiempo y que culminó en forma por demás exitosa, ya que rápidamente se reveló como un oficial de extraordinaria valía, tanto por su arrojo en el combate como por su dominio de la estrategia y planificación militar. Participó en los combates de Yervas Buenas, San Carlos, Chillán, el Roble, la gloriosa victoria de Rancagua y la dolorosa derrota fidelista de Chacabuco.

Fue en la batalla de San Carlos donde fue herido lo que le provocó una acentuada sordera en el oído izquierdo y una parálisis de los músculos del rostro que lo acompañaron de por vida<sup>17</sup>. Quintanilla nos ha dejado un fiel testimonio de estos episodios en su autobiografía. De aguda percepción, tanto de los que le rodeaban como del enemigo, pronto percibió el valor militar de los adversarios que tenía enfrente. Así nos da una breve pero significativa descripción militar de Carrera y O'Higgins, destacando la estrategia del primero y el arrojo del segundo<sup>18</sup>.

Como consecuencia de sus méritos en la guerra fue nombrado Coronel en 1814 y ascendió al grado de Brigadier en 1825, cuando ya se desempeñaba como Gobernador de Chiloé.

---

militares enemigas comandadas por Carrera no lucharían o si lo hacían serían inmediatamente vencidas como había ocurrido con los representantes de la Junta de Gobierno en Concepción al arribo de Pareja al puerto de Talcahuano. Ver Alejandro ORELLANA et al. (eds.), *Epistolario de Antonio de Quintanilla y Santiago. Último gobernador monárquico de Chiloé, 1817-1826*, Santiago de Chile, Historia Chilena, 2018, p. 92.

<sup>17</sup> Ver Fernando CAMPOS HARRIET, *op. cit.*, p. 137.

<sup>18</sup> «...el General Carrera que así como era emprendedor y organizador de fuerza del ejército, carecía de valor en las acciones. No así O'Higgins que careciendo de las cualidades que asistían a Carrera era valiente hasta el caso de ser temerario». Ver Alejandro ORELLANA, *op. cit.*, p. 101.

#### 4. El cuerpo de voluntarios de Castro

Paralelamente a las peripecias protagonizadas por Quintanilla como oficial de la expedición del Brigadier Pareja, la población de la isla austral de Chiloé hervía de inquietud con motivo de los hechos políticos posteriores al Cabildo o Asamblea del 18 de septiembre de 1810<sup>19</sup>. Cualquier intento por movilizar fuerzas sociales en apoyo a la revolución o secesión se estrellaban en las cosas rocosas del archipiélago y en la inquebrantable lealtad de sus habitantes a su Rey. Chiloé protagonizaría las muestras más increíbles de devoción a la Monarquía Hispánica que puedan concebirse. Las autoridades civiles y religiosas (curas párrocos) recaudaron la astronómica suma más de 200 mil pesos de plata para financiar las expediciones enviadas por el Virrey Abascal. Y más de un diez por ciento de su población masculina fue reclutada, en la inmensa mayoría de los casos, en forma voluntaria, para formar parte de los cuerpos de soldados que formarían la vértebra o viga maestra de los ejércitos del Rey<sup>20</sup>.

Dentro de estos regimientos destacó el de Voluntarios de Castro que protagonizó alguno de los hechos bélicos más destacados de todo el largo periodo de la Contrarrevolución fidelista o reconquista.

Se trataba de un destacamento de voluntarios surgido de las milicias cívicas que vertebraban la totalidad de la sociedad chilota. Miembros de las antiquísimas familias isleñas que contaban

---

**19** En fecha tan temprana como 1807 afirmaba su lealtad monárquica el Cabildo de Castro en carta a su majestad Carlos IV: «No puede tener Vuestra Majestad otros más dignos... que los de Chiloé, no solo por el heredado connato de leales a la Corona, humildes de corazón y obedientes... que han sabido conservar por casi tres siglos a su propia costa... tan importantes puntos...». Ver María Ximena URBINA CARRASCO, op. cit. p. 193.

**20** «La magnitud de este esfuerzo excede a toda ponderación. De una población que no pasaba de cuarenta mil almas, Chiloé debe de haber movilizado desde 1813 a 1815 no menos de cuatro mil hombres, o sea, un diez por ciento del total, cifra que en aquellos tiempos no se alcanzaba en ningún país, y en seguida una de ellas, el Batallón de Castro fue enviado a combatir en el Alto Perú». Ver Manuel TORRES MARÍN, *Quintanilla y Chiloé: la Epopeya de la Constancia*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1985, pp. 63 y ss.

con 300 años de vida en el sur austral se unieron a las filas del ejército para defender la causa del rey. Estos soldados provenían de una larga tradición castrense insular<sup>21</sup>. Hacia 1781 se habían construido fortificaciones defensivas y organizado milicias con 1145 hombres de infantería, 608 de caballería y 28 artilleros, es decir, casi 1800 hombres, cantidad de tropa claramente superior en número y porcentaje a todo lo que pudiera compararse en el resto del subcontinente sudamericano<sup>22</sup>.

En su origen este cuerpo de ejército contó con más de 400 miembros que provenían de los principales linajes de Chiloé y también del pueblo llano, que participaba con entusiasmo en la aventura de «invadir el Continente» para restaurar la autoridad real. Eran la unidad central del ejército chilote de 1400 hombres que ya hemos apuntado.

Acudieron con disciplina y organización a formar parte del ejército que dirigía el brigadier Pareja. Las familias de sus oficiales, y la Iglesia<sup>23</sup>, hicieron un aporte extraordinario al cuerpo expedicionario entregando sus ahorros en monedas de plata para costear parte de la campaña. Se estima que estos aportes superaban la cifra que el virrey había entregado a Pareja al inicio de su expedición. Para una economía pobre como la del archipiélago era una suma extraordinaria, pero veremos que sería superada sucesivamente por nuevas y cuantiosas erogaciones, las que terminaron materializándose en aportes en lingotes de plata maciza, que fueron el resultado del sacrificio que hicieron las familias isleñas de sus enseres de plata fina, como cruces, candelabros y vajilla, los que fueron fundidos para disponer de efectivo.

Es en estas circunstancias cuando don Antonio de Quintanilla se encuentra por primera vez con los que serían sus compatriotas adoptivos y conoce su temple militar. Observador y atento

---

<sup>21</sup> La profesora Urbina estima que el total de cuerpos militares de Chiloé, ascendía a inicios del siglo XIX a los 3000 hombres en armas. Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 191.

<sup>22</sup> Ver Manuel TORRES MARÍN, *op. cit.*, p. 11.

<sup>23</sup> El cura de San Carlos de Ancud le aportó directamente la increíble suma de 4500 pesos de oro. Decimos increíble pues la economía de la isla, como hemos indicado, distaba de ser floreciente. Ver Cristián GARAY VEGA, *op. cit.*, p. 83.

a los detalles Quintanilla, nos ha dejado muchos testimonios de estos hombres del sur. Particularmente de su rigor y disciplina, de su valentía en el combate cuerpo a cuerpo y destreza en el uso de las armas de fuego<sup>24</sup>.

Los chilotos debieron enfrentar las derrotas o contratiempos de Yerbas Buenas y San Carlos, que motivaron a Pareja a detenerse en Chillán. En esta ciudad, fidelista y entusiasta, liderada por los religiosos franciscanos del colegio de Propaganda Fide, el brigadier enfermó de fiebres malignas y falleció en mayo de 1813, dejando el mando a su segundo, el comandante del batallón de Penco, don Juan Francisco Sánchez (1757-1821). Este se encerró en Chillán haciendo frente a las tropas del bando juntista hasta la llegada de dos nuevas expediciones, también organizadas por el Virrey Abascal, al mando de don Gabino Gaínza y don Mariano de Ossorio.

La expedición Gaínza se benefició con los aportes, nuevamente enviados por Chiloé. Comisionado por el virrey Abascal, el sargento mayor don Ramón Jiménez Navia, reclutó 600 nuevos efectivos que se incorporaron al ejército<sup>25</sup>.

Bajo la dirección de Ossorio participó activamente don Antonio de Quintanilla en la que sería la batalla definitiva que puso fin a la primera parte de la revolución, la victoria fidelista de Rancagua de octubre de 1814.

## 5. El triunfo en Rancagua

En efecto, Quintanilla participó, en su calidad de oficial, de las expediciones posteriores a la de Pareja, y actuó como asistente del General Mariano de Ossorio, líder de la tercera expedición formada por iniciativa del Virrey Abascal, que enfrentó en ba-

---

<sup>24</sup> Del ejército real de Pareja, la primera y segunda divisiones eran chilotas: el batallón veterano de Chiloé, comandado por el coronel don José Hurtado, el de milicianos de Chiloé, bajo la dirección del teniente coronel don Manuel Montoya y el de voluntarios de Castro dirigidos por el ayudante graduado don José Miralles. Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, pp. 84 y ss.

<sup>25</sup> A los que debemos sumar otros 300 que se incorporaron al contingente de Gaínza en enero de 1814. Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 207.

talla definitiva a las huestes de O'Higgins en el sitio de la ciudad y plaza de armas de Rancagua. Mucho se ha escrito sobre los pormenores de esta batalla, pero el punto central es que por falta de estrategia militar o por el temor que provocaba el avance del ejército del Rey, los insurgentes se encerraron en Rancagua, cuya ubicación geográfica y carácter topográfico más le acerca a una fosa que a un baluarte defendible. Al final la disciplina de los soldados del Rey, la gran mayoría chilenos fidelistas, entre los que destacaba casi con temeridad el fiero regimiento de Voluntarios de Castro, asediaron a los restos del ejército patriota en el sitio de la plaza mayor de la ciudad y habrían puesto término a la guerra del todo, de no haber sido porque en el último momento, cuando las tropas fidelistas se aprestaban a aplastar la última resistencia, el general O'Higgins, seguido de unos pocos hombres de caballería, saltó las trincheras en un gesto suicida y logró escapar de Rancagua hasta cruzar la Cordillera de los Andes.

Así, la principal expedición salida de la Isla Grande, que fue la del regimiento o cuerpo de Voluntarios de Castro, tras participar activa y victoriosamente en las campañas de la reconquista, especialmente en la recién citada victoria fidelista de Rancagua de 1 y 2 de octubre de 1814 que puso fin a la llamada «Patria Vieja» o revolución, entró en la capital del Reino, Santiago de Chile, el día 3 de octubre, en medio de una universal aclamación popular. El pueblo llano de Santiago, todavía fiel al monarca, arrojaba pétalos de rosas a los gallardos chilotes que esperaron en rigurosa formación la entrada del Capitán General y Gobernador Interino, general don Mariano de Ossorio en la Plaza mayor o Plaza de Armas de la Capital. Se realizaron numerosas ceremonias de recepción, incluyendo un Tedeum en la Catedral santiaguina y múltiples otros festejos, que desmienten que los fidelistas hayan tomado a la fuerza una capital vencida y enemiga. La causa del Rey contaba todavía que muchísimos partidarios, especialmente entre el pueblo llano.

Los otrora partidarios de la revolución, especialmente los miembros del cabildo santiaguino hacían ahora hipócrita ostentación de fidelidad al rey. Sus casas lucían oriflamas en sus balcones y se celebraban ostentosas reuniones para congratular al general Ossorio y sus oficiales. Aunque, en sordina, se hacían circular panfletos sobre la «opresión» y los chilotes «patarrajá» como se

motejaba a los militares australes en alusión a que la mayoría de ellos desfilaba a pie desnudo por carecer de botas.

Contrariamente a lo que deseaban estos soldados sus servicios no fueron recompensados con su retorno al hogar austral. Aunque existe un indesmentible testimonio del fervor y agradecimiento del pueblo noble de la Capital por su victoria en Rancagua. Se trata de la Medalla de la Reconquista que, acuñada en plata fina por erogación popular de la ciudadanía de Santiago de Chile, deja perpetua memoria de gratitud a los aguerridos chilotes<sup>26</sup>.

## 6. Chilotes en el norte, Ayacucho

La Isla Grande no dejaba de realizar esfuerzos militares. Apenas terminada la batalla de Rancagua, arribaron al continente dos nuevos cuerpos chilotes: el Batallón de Chiloé y el Cazadores de Chiloé<sup>27</sup>.

Pronto llegaría para los soldados de Chiloé una nueva convocatoria. Aunque la gran mayoría solo quería retornar a su amada isla, las autoridades tanto de Chile como de Lima determinaron que se enviaran cuerpos de estos valiosos veteranos a enfrentar a

---

<sup>26</sup> Que sepamos existe solo una copia de las numerosas medallas que se acuñaron para conmemorar la fausta efeméride. Ella se encuentra depositada en la sala de la Patria Vieja del Museo Histórico Nacional de Chile, ubicado en el que fuera el palacio de la Real Audiencia del Reino en la Plaza de Armas de Santiago de Chile. En su cara está retratado Fernando VII, el deseado monarca, con la divisa «Fernando VII, rey de las Españas», en alusión a los diversos territorios europeos y americanos que componían la Monarquía Hispánica. En el reverso el texto que resulta de nuestro interés: «Santiago reconquistada en 3 de octubre de 1814 por los cuerpos de Chillán, Valdivia, voluntarios y auxiliares de Chiloé, voluntarios de Castro, Concepción, Talavera, real de Lima, escuadrones de Carabineros de Abascal, y úsares de la Concordia, Dragones de la Frontera y artillería de Chiloé, Valdivia, Chile, Lima y Europa». Nótese que se quiso dejar constancia de que la llamada Reconquista o contrarrevolución era una empresa popular y americana, en donde la participación de los peninsulares europeos está consignada en último lugar, mientras que los cuerpos armados de diversas provincias del reino y del virreinato está mucho más destacada, siendo los cuerpos de Chiloé los principales.

<sup>27</sup> Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, p. 87.

los ejércitos que la Junta de Buenos Aires había movilizado para «liberar» las provincias del Alto Perú<sup>28</sup>. Así, los Voluntarios de Castro debieron rehacer sus pertrechos y viajar al norte para las campañas que el Virreinato debía acometer en el alto de Los Andes<sup>29</sup>.

Entre las principales acciones de los militares australes en el Alto Perú encontramos la batalla de Viluma de 23 de diciembre de 1815, en donde los voluntarios de Castro fueron el cuerpo del ejército real más destacado<sup>30</sup>. En enero de 1816 sus integrantes, liderados por don Joaquín de la Pezuela, que más adelante sucedería al marqués de Abascal como virrey, ascendían al total de 860, parte de lo mejor de las armas del rey en la zona.

En abril de 1816 salió Pezuela con el propósito de anexar Salta y Tucumán al virreinato limeño, y contaba como tropa de élite a un cuerpo de 150 voluntarios de Castro. Con ellos llegaría a Cuzco tras mil peripecias en las que los soldados de Chiloé brillaron por su fidelidad y energía en el combate.

En enero de 1821 el batallón de Chiloé se estableció definitivamente en la chacra de San Juan de Dios a una escasa legua de Lima. Sus miembros siguieron actuando por años en las escaramuzas continuas con las tropas independentistas.

Por lo que toca a la batalla definitiva, que tuvo lugar el 9 de diciembre de 1824, entre las tropas independentistas de Antonio José de Sucre y las fidelistas del Virrey La Serna, los cuerpos de

---

**28** Los soldados chilotes del Voluntarios de Castro desembarcaron en Arica, cercanos a 400 hombres, a los que se sumaban los principales destacamentos del regimiento Talavera, que a la postre sería reforzado por chilotes, y del Cazadores de Chile, al mando del General Rafael Maroto. Un segundo refuerzo llegó más tarde al mando de don José Ballesteros, integrado por chilotes y valdivianos, en número de 500. Estas fuerzas han sido muy bien reseñadas en el estudio del profesor Mancilla, «Cuando los chilotes invadieron América». Ver Luis MANCILLA PÉREZ, *op. cit.*

**29** Dentro de los relatos más valiosos y verídicos de estas campañas se encuentra el del virrey Joaquín de la Pezuela (1761-1830), compendio extremadamente detallado de estos episodios militares. Ver Pablo ORTEMBERG y Natalia SOBREVILLA PEREA (eds.), *Compendio de los Sucesos Ocurridos en el Ejército del Perú y sus Provincias (1813-1816)*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2011, 160 pp.

**30** Ver Manuel TORRES MARÍN, *op. cit.*, p. 64.

infantería de Chiloé se destacaron como de los más aguerridos en el combate<sup>31</sup>. En la primera división realista se encontraba el Batallón de Voluntarios de Castro, bajo el mando de don José Huguet, si bien este cuerpo veterano estaba muy disminuido por las numerosas bajas que había experimentado en las campañas anteriores pese a los refuerzos enviados por la Isla. Entendemos que en ese momento sumaban en total 495 hombres los integrantes del renombrado cuerpo de Voluntarios. El Mariscal don Gerónimo Valdés dispuso que, en los días previos a la batalla, destinaran su atención a la instrucción de nuevos reclutas. Tal era la confianza que tenían los altos mandos del ejército real en los militares chilotos. A ellos debemos sumarle los Dragones de San Carlos que habían sido organizados y enviados como refuerzo por el gobernador don Antonio de Quintanilla y que eran comandados por Jerónimo Villagra y prácticamente la mitad de los integrantes del famoso regimiento de los Talaveras, unidad militar peninsular, ahora llamado regimiento Victoria, que había sido muy diezmada en las campañas de Chile y que se rehízo con 300 veteranos chilotos<sup>32</sup>. Los mandaba don Manuel Sánchez. Los historiadores clásicos han estudiado la batalla de Ayacucho desde muchas ópticas diversas, pero casi ninguno ha destacado que los cuerpos militares más aguerridos y perseverantes fueron, precisamente, los integrados por los voluntarios chilotos. En la derrota, 2500 soldados del rey perdieron la vida. Ello tuvo como consecuencia inevitable el que la casi totalidad de los integrantes del Voluntarios de Castro sucumbiera en la batalla<sup>33</sup>. En palabras de Mancilla, «en la completa obediencia y fidelidad por un rey que nunca mereció lealtad»<sup>34</sup>, luego de disparar hasta el último tiro en defensa de la Monarquía<sup>35</sup>.

---

<sup>31</sup> Por expresa petición del virrey, 30 chilotos formaban su guardia personal. Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 213.

<sup>32</sup> Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, p. 88.

<sup>33</sup> Ver Manuel TORRES MARÍN, *op. cit.*, p. 64.

<sup>34</sup> El profesor Mancilla alude a la controvertida figura de Fernando VII, llamado en América, como en la Península, «El Deseado», quien tendría a la postre, comportamientos como gobernantes que desmentirían su aura inicial de leyenda como triste e infortunado príncipe de virtudes más mitológicas que reales. Ver Luis MANCILLA PÉREZ, *op. cit.*, p. 267.

<sup>35</sup> Hasta hoy conocemos solo informaciones fragmentarias de los nombres de estos soldados.

## 7. Quintanilla, la roca inmovible de Nueva Galicia

En Chile, tras los buenos auspicios posteriores a la victoria de Rancagua, se podía avizorar un futuro relativamente favorable a la causa fidelista, pero las cosas discurrieron en forma diversa. Luego del breve gobierno de don Mariano de Ossorio, el mando fue confiado por las autoridades de la Península a don Francisco Casimiro Marcó del Pont (1765-1819), hombre que en otro lugar y tiempo podría haber sido un buen gobernante, pero que, para Chile, carecía de las condiciones necesarias para dirigir un reino que acababa de terminar una cruenta guerra civil. La historiografía clásica fue unánimemente cruel con este personaje, que pasó a la posteridad con una un tanto injusta aura mezcla de ridículo, crueldad y cobardía<sup>36</sup>.

No es el propósito de este estudio el entrar a ponderar su gobierno, pero lo cierto es que las tornas de la opinión cambiaron en contra de la causa del Rey.

Al otro lado de los Andes, en la provincia de Cuyo, y su capital Mendoza, se planificaba con orden y paciencia la reacción insurgente liderada por José de San Martín y O'Higgins. Esta se materializó en la expedición que cruzó los pasos cordilleranos a inicios de 1817 y logró derrotar al ejército real en la batalla de Chacabuco de 12 de febrero de 1817. En este ejército destacaban 200 hombres del batallón de Chiloé y 200 del Talavera que eran chilotes<sup>37</sup>.

Quintanilla, como oficial veterano, presencié la derrota de su superior, el general Rafael Maroto en los llanos de Chacabuco. Las autoridades realistas intentaron la huida, pero desde el gobernador Marcó hasta sus allegados, fueron capturados, confinados en San Luis de la Punta y finalmente asesinados, en forma por demás artera y mezquina, por orden del siniestro Bernardo de Monteagudo, el genio oscuro de la revolución.

Don Antonio logró evadir la persecución, viajó a Lima, para rápidamente retornar al Sur, tras un sumario proceso judicial al

---

<sup>36</sup> Este funcionario, de injusta e infausta memoria, colmaría, sin embargo, de elogios a sus militares chilotes: a quienes llama «los mejores hijos de Marte». Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 207.

<sup>37</sup> Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, p. 89.

que fue sometido como todos los demás oficiales derrotados<sup>38</sup>, con el cargo de Gobernador titular de Chiloé, nombrado por el virrey De la Pezuela, sucesor del marqués de Abascal, que lo designó al mando del Archipiélago el 20 de marzo de 1817, como reemplazo del renunciado coronel Ignacio Yutis o Justis<sup>39</sup>, que arrepentido de su renuncia intentó oponerse en vano al nuevo gobernador. Con presteza Quintanilla organizó la defensa de su provincia ante el peligro de avance de las tropas victoriosas del ejército de San Martín<sup>40</sup>.

Quintanilla se consagró en cuerpo y alma a la defensa de su provincia. Convocó al pueblo noble y llano, realizó nuevos reclutamientos, buscó armas y provisiones, todo en colaboración con las autoridades de otras ciudades que permanecían fieles a la Corona, desafiando al nuevo gobierno republicano. En ese momento sus relaciones más fluidas eran con Valdivia y Talcahuano. A los pocos meses de haber asumido la dirección del Archipiélago, Quintanilla se encontraba organizando cuerpos de soldados que ofreció a sus colegas. Aunque sus medios eran del todo reducidos<sup>41</sup>.

La derrota fidelista de Maipú de 5 de abril de 1818, que marcó el final de las campañas del Chile continental, y aseguró la independencia de la naciente república, supuso un incentivo a las nuevas autoridades para proceder sobre Chiloé y recíprocamente aceleró los preparativos de defensa del gobernador austral<sup>42</sup>. Quintanilla debió hacer frente a las urgencias de la defensa militar

---

**38** *Ibid.*, p. 89.

**39** Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 209.

**40** «A Quintanilla, líder de los chilotes se le dejó la tarea de reorganizar el escuadrón de Carabineros de Abascal». Ver Cristián GARAY VEGA, *op. cit.*, p. 87.

**41** En carta de 19 de septiembre de 1817, después de describir sus actividades reclutando hombres, buscando voluntarios y reuniendo armas y municiones, le ofrece tropas a don José Ordoñez (1789-1819), el valiente y experimentado jefe realista que defendía Talcahuano, pero le advierte que los 200 soldados que podía enviarle carecían de armas, las que deberían venir desde el Perú. Ver Alejandro ORELLANA, *op. cit.*, p. 31.

**42** Ver Guillermo FELIÚ CRUZ, *Colección de Historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile, tomo XXXI, Expediente relativo al desgraciado suceso de las Armas Reales en Maipo, el 5 de abril de 1818*, Santiago de Chile, Biblioteca Nacional, 1943, 460 pp.

y a la inmigración a la Isla Grande de numerosos fidelistas que no aceptaban la derrota y que deseaban refugio en Chiloé. Se estima en varios cientos de personas a los refugiados, entre los que se encontraban unos 100 militares de línea<sup>43</sup>.

Como acabamos de decir, el plan del gobierno del recién nombrado Director Supremo O'Higgins, era tomar control total a la brevedad, sobre todo el territorio nacional y para ello encomendó al nuevo Vicealmirante de la naciente Armada chilena, Lord Thomas Alexander Cochrane (1775-1860), par escocés y chileno de adopción, la conquista del Archipiélago.

El ataque de las fuerzas republicanas se concretó el 13 de febrero de 1820<sup>44</sup>, pero esta vez la caprichosa fortuna no bendijo los planes del gran almirante escocés. En Agüi se encontró su expedición con veteranas y bien organizadas tropas chilotas comandadas por Quintanilla, y en ese lugar conoció el gran almirante su primera derrota<sup>45</sup>.

Vencido inapelablemente no pudo coronar sus campañas en el sur con la victoria que sí había tenido antes, en febrero de 1820, con su captura de Valdivia. Quintanilla se encargaría de frustrar los planes del genial marino, llamado por los fidelistas «el Almirante del Diablo»<sup>46</sup>.

Mientras tanto, el gobernador aprovechó para armar dos bergantines, el «General Valdés»<sup>47</sup> y el «General Quintanilla», para practicar el corso<sup>48</sup>. Con ellas aseguró las comunicaciones de

<sup>43</sup> Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 211.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 214.

<sup>45</sup> Ver Fernando CAMPOS HARRIET, *op. cit.*, p. 141.

<sup>46</sup> Ver Donald THOMAS, *Cochrane. El Almirante del Diablo*, Santiago de Chile, Academia de Historia Militar, 2021, 320 pp.

<sup>47</sup> El General Valdés era un bergantín inglés de nombre Lapuy, de 12 cañones que fue rebautizado por Quintanilla y dotado de los elementos y tripulación para el corso, que cumplió con su misión muy eficazmente. Ver la autobiografía de Quintanilla en Alejandro ORELLANA, *op. cit.*, p. 127.

<sup>48</sup> Obtuvo 296.057 pesos 7 reales con la «General Quintanilla», suma astronómica y una verdadera herida sangrante para las autoridades de la república, que veían que un minúsculo bergantín de 4 cañones podía diezmar la navegación en el sur del Pacífico chileno. Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, p. 90.

Chiloé con los restantes focos de resistencia fidelista, especialmente con El Callao, en Perú<sup>49</sup> a donde envió a otro buque artillado, «El Chilote» con soldados de refuerzo<sup>50</sup>.

Tras una serie de comunicaciones entre Quintanilla y el Director Supremo O'Higgins, en un tono amable pero firme, este último adquirió la convicción de que el gobernador de Chiloé no se rendiría jamás, por lo que en las postrimerías de su gobierno se mal organizó una segunda expedición que zarpó en abril de 1822, al mando de Beauchef y Carlos Wooster en dos buques, la Lautaro y la Chacabuco. En parte por el mal clima y principalmente por la férrea defensa y planificación estratégica chilota, la intentona de conquista volvió a fracasar<sup>51</sup>.

Un tercer intento, esta vez en 1824, durante los primeros tiempos del gobierno de don Ramón Freire Serrano (1787-1851), Director Supremo tras el exilio de O'Higgins, se saldó con la derrota republicana en Mocopulli. Especialmente humillante fue la derrota para las fuerzas republicanas, pues iban mandadas por el mismísimo Director Freire y contaban con más de 2000 hombres, que fueron completamente derrotados por Quintanilla y sus leales chilotes que, nuevamente, se alzaban vencedores e irreductibles. En lo personal el gobernador fue ascendido al grado de brigadier, y creado Comendador de la Orden Americana de Isabel la Católica, por decisión del virrey del Perú. Evacuados los restos del ejército republicano en lo que quedó de la Escuadra chilena, dos pequeños navíos de guerra llegaron desde Cádiz España a socorrer con elementos de combate al activo gobernador<sup>52</sup>. Sería la última noticia que tendría de algún tipo de ayuda procedente de la metrópoli.

---

**49** Ver Fernando CAMPOS HARRIET, *op. cit.*, p. 141.

**50** Añadamos a este socorro las tropas que envió a Benavides que comandaba las guerrillas realistas en Araucanía. Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, p. 93.

**51** Ver Rodrigo FUENZALIDA BADE, «El General Quintanilla, brillante defensor de la causa española en Chiloé», *Revista de Marina* (Viña del Mar), n. 710 (1976), 16 pp, publicación electrónica disponible en <https://revista-marina.cl/autor/fuenzalida-bade-rodrigo> (19-07-2024), p. 13. (23-06-2024).

**52** Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 215.

## 8. La caída de la provincia

Los éxitos de Quintanilla en la defensa de su Provincia no hicieron sino exaltar los ánimos de los gobiernos republicanos. La solidez del enclave fidelista en el sur de Chile provocó la ira de Simón Bolívar, quien, tras el éxito patriota en Ayacucho, instó al gobierno chileno a poner fin a la situación que, en su mente, resultaba humillante para las armas de los independentistas. Así, exigió al gobierno de Freire que se conquistara la plaza a como diese lugar, amenazando directamente con que, si no se procedía, él mismo conquistaría el Archipiélago de Chiloé y lo incorporaría al Perú.

Quintanilla tenía claridad completa de que, tras la derrota del ejército real en Ayacucho, no podía esperar ningún tipo de auxilio al Archipiélago. La población supo de la noticia con gran pesadumbre. Cientos de sus hijos más destacados había sucumbido en la batalla librada en el Alto Perú, defendiendo las banderas de su Rey, bajo el mando del Virrey La Serna. Nunca volverían esos jóvenes héroes a ver las costas de su amada isla sureña. Mientras que en la propia isla quedaban alrededor de 1000 hombres en armas para la defensa de las futuras expediciones de conquista que intentara el gobierno chileno.

Freire se encontraba atado de manos. Por una parte, el ultimátum de Bolívar era categórico y por la otra la falta de medios económicos para solventar una empresa que se sabía sería costosísima en armas y hombres le impedía actuar en consecuencia.

Al final pudo más la amenaza de Bolívar y el gobierno chileno, en octubre de 1825 improvisó medios y cuerpos militares para equipar a una expedición de conquista que terminara con la presencia monárquica en la Isla. 5 navíos de guerra, más de 3000 hombres<sup>53</sup> y el propio Freire volvía a la Isla Grande a inicios de 1826. La fuerza expedicionaria más que doblaba a los defensores. Quintanilla, siempre atento al bienestar de su gente, y sabedor del poderío de los invasores, llevó a cabo un plebiscito entre la población para decidir entre defender su provincia o la capitulación. Pero el pueblo chilote aprobó por abrumadora mayoría

---

53 *Ibid.*, p. 217.

continuar con su defensa hasta el final<sup>54</sup>. Con ello la población daba testimonio postrero de fidelidad, aun cuando todos tenían la convicción de que se daría una batalla perdida de antemano. Tal era el pesimista diagnóstico que se hacía por parte del pueblo chilote que, como los nobles bizantinos cuando esperaban el asalto final de los turcos a Constantinopla, aguardaban su destino con un admirable y estoico sentimiento de oponerse a lo inevitable.

La invasión se inició con el desembarco de las tropas frente a punta de Huechucui en la llamada Bahía del Inglés, y los barcos hicieron su entrada en el puerto de Ancud. Luego de arduos enfrentamientos los invasores tomaron la fortaleza castillo de San Miguel de Agüi, el 5 de enero. Tras los combates de Pudeto y Bellavista, de 14 de enero de 1826, las exhaustas fuerzas de Chiloé fueron derrotadas. La suerte quedó echada.

Quintanilla se retiró con los restos de sus fuerzas al interior de la Isla y, con el apoyo unánime de sus oficiales, presentó los términos de su capitulación, que mantuvo las condiciones de una rendición honrosa para las armas de Su Majestad.

La Nueva Galicia o provincia fiel de la Monarquía Hispánica en el mundo austral dejó de existir. Su gallardo gobernador, don Antonio de Quintanilla debió entregar el mando a los líderes patriotas de Chile continental encabezados por su vencedor en batalla, el Coronel don José Santiago Aldunate, no obstante lo cual, se preocupó hasta el final de que las condiciones de vida de sus camaradas y de los fieles chilotes fuera respetada por la república triunfante. Son numerosos los testimonios al respecto, como su carta a Freire en la que realiza sus peticiones finales con motivo del armisticio<sup>55</sup>. El tratado de paz y anexión de Chiloé a Chile se firmó en Tantauco el 15 de enero de 1826.

---

<sup>54</sup> Ver Fernando CAMPOS HARRIET, *op. cit.*, p. 143.

<sup>55</sup> «No obstante de haber efectuado la retirada que tenía premeditada anteriormente al interior de esta provincia con muy poca pérdida del ejército de mi manda (sic) la tarde de ayer, deseoso de evitar los males de la guerra a estos provincianos, me hallo dispuesto a celebrar un convenio con V.E. que teniendo por base la incorporación de esta provincia al Estado de Chile, proporcione a las tropas del Ejército de mi mando y habitantes de esta provincia aquellas ventajas a que las hace acreedoras su ejemplar constancia e intachable honor.

Ha de haber sido una penosa experiencia la de sufrir la derrota y luego el desarraigo de una tierra que le era tan querida. En Chiloé había contraído matrimonio con una noble principal y natural de la Isla, doña Antonia Álvarez de Garay, de antigua familia chilota<sup>56</sup> y en Chiloé había nacido su hijo, don Antonio de Quintanilla y Álvarez, tan solo meses antes de la derrota, en 1825, quien sería el futuro marqués de Quintanilla, de quien hablamos en el siguiente apartado.

## 9. Un largo exilio. Peripencias familiares

Junto a un número indeterminado de seguidores<sup>57</sup> don Antonio de Quintanilla, su mujer e hijo emigraron a España. El gobierno republicano, pese a su compromiso inicial, se negó a pagar el transporte para el exgobernador y su familia. Quiso imponerle al prócer el juramento de no volver a tomar las armas contra los países de América, lo que él rechazó con indignación de hidalgo<sup>58</sup>.

---

Si V.E. guiado de los mismos sanos principios acepta esta proposición, y considera necesario celebremos previamente un armisticio suspensión de armas por el término de tres días, para el efecto desde luego va autorizado por mi Comandante de tropas don Manuel Garay, que entregará en manos de V.E. esta comunicación. Dios Guarde a V.E. muchos años».

Esta nota fue dirigida a Freire tras la derrota del ejército real, el 15 de enero de 1826, en la localidad de Tantauco, donde a la postre, se firmó el tratado definitivo. Ver Alejandro ORELLANA, *op. cit.*, pp. 84 y ss.

**56** La novia tenía solo 16 años a la fecha del matrimonio, y el enlace hubo de ser autorizado por licencia especial provisoria del virrey de Lima, pues Quintanilla, según la legislación indiana, siendo gobernador militar no podía contraer matrimonio con mujer oriunda de la provincia que gobernaba, sin permiso expreso. La autorización definitiva se expidió recién en 1829, cuando Quintanilla y su familia ya hacía años que residían en España. Ver Rodrigo FUENZALIZA BADE, *op. cit.*, p. 14.

**57** Forman parte de lo que hemos llamado «la diáspora chileno española» de vasallos del reino de Chile que no aceptaron el nuevo orden republicano y prefirieron emigrar a someterse a las nuevas autoridades. Sus destinos fueron variados, Perú, Panamá, Cuba, Puerto Rico y, por supuesto, España. Este tema no ha sido motivo de estudios detallados hasta nuestros días.

**58** Ver Fernando CAMPOS HARRIET, *op. cit.*, p. 144.

Al llegar a Europa Quintanilla fue ascendido de inmediato a Maestre o Mariscal de Campo por sus brillantes servicios a la Corona. Aun así, desempeñó en adelante funciones militares secundarias, sin volver a su pasado como comerciante. En primer lugar fue destinado al servicio del Rey en Santander, luego ocupó la plaza de subdelegado de policía en La Mancha, donde lo sorprendió el óbito de Fernando VII (1833) que desató los enfrentamientos civiles entre el bando defensor de los derechos de don Carlos María Isidro de Borbón, hermano y heredero *de iure* del monarca fallecido, que se proclamó rey con el nombre de Carlos V, con lo que sus partidarios fueron llamados «carlistas», y el de los defensores de la hija de Fernando VII, Isabel II y su madre, doña María Cristina de Borbón, que fueron llamados «cristinos» o liberales.

En las primeras etapas del conflicto don Antonio permaneció sin tomar partido, pero guiado seguramente por su celo al orden establecido, intervino para desbaratar una asonada carlista dentro de su jurisdicción.

En 1839 fue nombrado gobernador y comandante general de Tarragona por el régimen liberal. Pasó a retiro a partir de 1847. Se le concedió el honor de la Gran Cruz de la Orden de San Hermenegildo, que se sumó a la Cruz de la batalla de Rancagua.

Retirado pero muy activo, en 1854 escribió su famosa autobiografía, donde dedica la mayor parte del relato a sus campañas en Chile y Chiloé. Su mujer fallecería en Madrid en 1858<sup>59</sup> y don Antonio la sobrevivió por casi un lustro para fallecer el 27 de diciembre de 1863.

Como indicamos, Quintanilla volvió a España para jamás volver al terruño chilote. Se desconoce si él o su mujer, la citada doña Antonia Álvarez, mantuvieron algún contacto personal o epistolar con su patria chilota. Y reiteramos que su hijo, don Antonio de Quintanilla y Álvarez fue parte de la diáspora chilena de fidelistas que no aceptaron la república y que vivieron su exilio en Europa. Tras haber estudiado derecho y haber hecho su carrera en la secretaría o ministerio de justicia hispano, Quintanilla y Álvarez adhirió a la causa del segundo reclamante, el rey de *iure*

---

59 Ver Rodrigo FUENZALIZA BADE, *op. cit.*, p. 16.

carlista, don Carlos VI<sup>60</sup>, hijo del primero Don Carlos María Isidro, para quien realizó múltiples gestiones financieras, buscando empréstitos que financiaran las campañas por la restauración de la rama legítima en el trono de España.

Con ello se cerraba el paréntesis abierto por la tardía adhesión de su padre al bando cristino o liberal. Como consecuencia de sus servicios a la causa carlista, Don Carlos creó a Quintanilla como Marqués de Quintanilla. Tras el fracaso de la Ortegada de 1860, fue indultado por el gobierno liberal en consideración a los méritos que su padre había tenido en las guerras de la independencia americana<sup>61</sup>. Casó con doña Elena Fábregas Pellón, natural de Almería y volvió al continente americano para desempeñarse como magistrado en la isla de Puerto Rico, en donde falleció en 1869.

La familia se prolongó en la persona del nieto del protagonista de nuestro relato, don Guillermo de Quintanilla y Fábregas, nacido dos años antes de la muerte de su padre el marqués, en 1867. Funcionario de la Corona en Puerto Rico, casó con Catalina de Cartagena, quien le dio a su única hija, doña Julia de Quintanilla y Cartagena, nacida en 1892. Falleció, sin descendencia, en 1929, con lo cual se extinguió su linaje chileno español y puertorriqueño.

Un postrero homenaje de admiración fue erigido por la ciudadanía de San Carlos de Ancud, en 1926 en honor del valiente y noble gobernador Quintanilla. Se trata de un obelisco que en su cara oriental ostenta un medallón con el retrato de don Antonio, a quien se honra como «último gobernador español de Chiloé», mientras que su cara occidental exhibe el retrato de Aldunate, el primer gobernador republicano. Es notable el recuerdo a Quintanilla, pues se trata del único monumento erigido en todo el continente americano en conmemoración a un defensor de la Monarquía de tiempos de la Secesión<sup>62</sup>. A este obelisco se suman

---

<sup>60</sup> Carlos Luis de Borbón y Braganza (1818-1861), hijo de Don Carlos María Isidro y sobrino de Fernando VII, el rey por quien el padre de Quintanilla y Álvarez tanto luchó en Chile.

<sup>61</sup> Ver Rodrigo FUENZALIDA BADE, *op. cit.*, p. 16.

<sup>62</sup> Recientemente se han renovado iniciativas para honrar la memoria de Sánchez, el valiente defensor de Chillán y del general don José Ordóñez,

los retratos de don Antonio y su mujer que son reproducciones de los originales de la familia Alonso de Quintanilla, pintados en Madrid en 1843. Se encuentran ubicados en un lugar de honor, el salón de Sesiones del Concejo Municipal de Ancud. Dos poemas escritos en honor del prócer, por el poeta chilote don Antonio Bórquez Solar en 1931, completan los homenajes a su ilustre memoria<sup>63</sup>.

## 10. Conclusión

La historia vital de nuestros personajes los llevó a protagonizar hazañas de insospechada importancia para la historia de la revolución americana. Ni don Antonio de Quintanilla ni sus valientes y heroicos voluntarios de Castro y demás territorios del Archipiélago, pudieron aquilatar en su momento las consecuencias de sus acciones en la contrarrevolución fidelista. El ejército del rey, mal motejado de «español», por significar peninsular o europeo, debería ser llamado «Ejército Real de Chiloé y Valdivia, que es lo que fue en realidad»<sup>64</sup>. Hubo momentos de gloria, como la entrada de los arrojados militares del sur en la capital del Reino de Chile, tras su épica victoria en Rancagua. Hubo también instantes de memoria perdurable como la defensa de Chiloé en las campañas de 1820, 1822 y 1824 en donde la victoria chilota

---

noble y galante defensor de Talcahuano, sin que alguna de ellas se haya materializado, todavía.

**63** Ambos poemas se encuentran insertos en la obra de Bórquez: «Oro del archipiélago». Ver Carlos TRUJILLO AMPUERO, *Notas para un estudio de Antonio Bórquez Solar*, manuscrito digitalizado en el sitio electrónico de la Biblioteca Nacional Digital, disponible en <https://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/coleccion/BND/00/RC/RC0015463.pdf>, Chiloé, 1989, 9 pp. (08-06-2024).

**64** «Fruto de una cruzada regional, popular y religiosa, que se prolongó hasta el agotamiento de la isla y su archipiélago en 1826, cuando había consumido todo su crédito y haberes, y cuyo radio de acción fue todo el Chile central y del sur, más Perú y Alto Perú, hasta donde llegaron las unidades de la isla a defender a su monarca. Concluida la defensa del rey, el Ejército Real se disuelve en el tiempo, quedando sólo en la memoria de los descendientes de aquellos que en Chiloé, siguieron tenazmente guardando el recuerdo de las hazañas y tiempos idos». Ver Cristián GARAY VERA, *op. cit.*, p. 96.

sobre los republicanos hizo que la bandera con la Cruz de Borgoña flameara más alta y brillante que nunca; y hubo derrotas trágicas pero honrosas como Ayacucho, que vería perecer a la flor de la juventud realista del lejano Chiloé en defensa de las mismas Cruces de Borgoña de su Rey y Pudeto y Bellavista, batallas en las cuales las exánimes fuerzas del ejército real de la Nueva Galicia se agotaron tras largos años de resistencia tesonera y fiel a la Monarquía. En lo personal la derrota significó para Quintanilla y su familia el inicio de un largo exilio. Su mujer y su hijo, chilotes de pura cepa, hubieron, como otros tantos, de salir del terruño austral para vivir en la lejana Península y nunca volver. La helada y umbría isla fue incorporada a la república de Chile, pero una porfiada y característica identidad chilota se niega aun en nuestros días a dejar de existir. Es un postrero homenaje a esos valientes hombres del barroco austral que murieron defendiendo la causa del Rey<sup>65</sup>.

---

<sup>65</sup> Los militares de Chiloé, que las proclamas de Lima llamaron «Los reconquistadores del Reino de Chile». Ver María Ximena URBINA CARRASCO, *op. cit.*, p. 208.